

LOS ANTIGUOS ESLAVOS

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LOS ANTIGUOS ESLAVOS

Susana Torres Prieto



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Motivo de cubierta: Personificaciones de Eslavonia, Alemania, la Galia y Roma le llevan regalos a Otón III. *Evangelario de Otón III*
(Múnich, Bayerische Staatsbibliothek, Clm 4453)

© Susana Torres Prieto

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-494-1
Depósito Legal: M-20.087-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: UNA EUROPA REUNIFICADA.	9
1. LOS ÚLTIMOS BÁRBAROS: UN TIEMPO Y UN ESPACIO DIFERENTES	17
1.1. <i>Un tiempo diferente</i>	17
1.2. <i>Un espacio volátil</i>	19
1.3. <i>Divisiones sucesivas</i>	21
1.4. <i>Lengua, país, religión</i>	24
2. FUENTES HISTORIOGRÁFICAS Y TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS	31
2.1. <i>¿Quiénes son los eslavos?</i>	31
2.2. <i>Evidencia lingüística</i>	33
2.3. <i>Fuentes historiográficas no eslavas</i>	38
2.3.1. Fuentes romanas y bizantinas	39
2.3.2. Fuentes francas y carolingias	43
2.3.3. Testimonios del clero alemán.....	45
2.3.4. Relatos de viajeros árabes.....	45
2.4. <i>Fuentes historiográficas eslavas</i>	47
2.4.1. <i>Chronica Bohemorum</i>	47
2.4.2. <i>Crónica de Gallus Anonymus</i>	47
2.4.3. <i>Crónica de los Tiempos Pasados</i>	48
2.5. <i>Evidencia arqueológica</i>	48
2.6. <i>Datos etnográficos</i>	51
2.6.1. Familia y comunidad.....	52

3.	LOS PRIMEROS ESTADOS	57
3.1.	<i>Los infiltrados</i>	57
3.2.	<i>Los ávaros y los eslavos</i>	61
3.3.	<i>La Confederación de Samo</i>	63
3.4.	<i>La Gran Moravia</i>	64
3.5.	<i>Los eslavos de los Balcanes occidentales</i>	67
3.6.	<i>El Primer Imperio búlgaro</i>	68
3.7.	<i>Los enclaves comerciales de los rus'</i>	75
4.	LA CRISTIANIZACIÓN DE LOS ESLAVOS	83
4.1.	<i>El paganismo eslavo</i>	83
4.2.	<i>Las tensiones entre Roma y Constantinopla</i>	86
4.3.	<i>La misión cirilometodiana</i>	94
4.4.	<i>La cristianización de los eslavos orientales</i>	101
4.5.	<i>La cristianización de Polonia</i>	104
4.6.	<i>El cristianismo en el mundo eslavo</i>	105
4.6.1.	La liturgia	107
4.6.2.	La teología	108
4.6.3.	El monacato	108
4.6.4.	Las imágenes	109
4.6.5.	La relación Iglesia-Estado	110
4.7.	<i>La disensión y la herejía</i>	111
5.	NUEVAS NACIONES, NUEVOS CREDOS	115
5.1.	<i>Polonia</i>	115
5.2.	<i>Bohemia</i>	121
5.3.	<i>Croacia</i>	126
5.4.	<i>Serbia</i>	128
5.5.	<i>Bulgaria</i>	133
5.6.	<i>La Rus' de Kiev</i>	135
5.7.	<i>Nóvgorod</i>	137
6.	LENGUAS Y CULTURAS ESLAVAS	143
6.1.	<i>Acervo lingüístico y cultural</i>	143
6.2.	<i>Lenguas y alfabetos</i>	144
6.3.	<i>Escrituras y literaturas: Slavia Latina y Slavia Ortodoxa</i> ..	152
6.4.	<i>Patrimonio oral y paneslavismo</i>	154
6.5.	<i>Iconos</i>	158

7. EL FIN DEL PRINCIPIO	163
7.1. <i>El principio del fin: las invasiones orientales</i>	163
7.1.1. La Horda de Oro	164
7.1.2. La invasión otomana	166
7.2. <i>Nuevos mapas, viejas naciones: los estados eslavos premodernos y las fronteras heredadas</i>	168
 SELECCIÓN DE TEXTOS	 173
1. <i>Jordanes, Getica</i>	173
2. <i>Procopio de Cesarea, Historia de las Guerras</i>	175
3. <i>Ibn Fadlan, el libro de su viaje</i>	181
4. <i>Cortezas de abedul de Nóvgorod</i>	185
5. <i>Tratado sobre las letras, atribuido al monje Khrabr</i>	187
6. <i>Ilarión, El sermón de la Ley y la Gracia</i>	191
7. <i>Stefan II Nemanja, Vida de Stefan Nemanja</i>	195
 CRONOLOGÍA	 203
 BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	 211

2

FUENTES HISTORIOGRÁFICAS Y TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS

2.1. *¿Quiénes son los eslavos?*

Lo primero que habría que hacer es aclarar qué significa ser eslavo. En términos estrictos, ser eslavo es ser hablante de una lengua de la familia eslava de lenguas, que, como el latín, el griego, las lenguas germánicas, las de la India o las mesopotámicas, forma parte del grupo de lenguas indoeuropeas. Para cualquiera que no sea filólogo, el concepto de familia lingüística puede ser confuso. Para los filólogos, y más concretamente para los lingüistas, ya desde el siglo XVIII, es una manera muy clara de ordenar y observar los cambios lingüísticos. La idea era hacer una taxonomía con las lenguas, como Linneo la había hecho con las plantas, para poder observar mejor sus cambios y sus parecidos. De hecho, el modelo fue tan poderoso que se hablaba de “árboles lingüísticos”. La construcción de estos árboles lingüísticos, ahora llamados más comúnmente “familias”, se hace en sentido inverso a como crecería una

planta, es decir, desde las ramas se procede hacia la raíz. Así, lo que se hace es una reconstrucción, con mayor o menor grado de fiabilidad, dependiendo de los testimonios escritos de los que se disponga, de cómo eran históricamente las lenguas que se hablan ahora. Por ejemplo, en el caso de las lenguas romances actuales (español, catalán, francés, rumano, italiano, gallego, entre otras), todas ellas descendientes del latín, se tiene a disposición un conocimiento suficiente con la lengua “madre” (se podría decir la rama, o el tronco) y las lenguas que descendieron de ella (las hojas, o las ramas, dependiendo de lo grande que se quiera hacer el árbol de la reconstrucción). En casos como este, es fácil identificar el cambio lingüístico y la evolución. Lo que se ha perdido por el camino son las lenguas autóctonas que se hablaban en las áreas donde el latín se impuso como lengua de comunicación. Estas lenguas, ahora mayormente desaparecidas o ininteligibles, son las responsables de que el latín evolucionara de manera diferente en distintas áreas y de que existan ahora todas las lenguas romances vivas. Es lo que en filología se llama el “sustrato lingüístico”.

En el caso del eslavo, se sabe qué lenguas modernas son eslavas (ruso, ucraniano, bielorruso, serbio, croata, bosnio, esloveno, macedonio, búlgaro, polaco, checo, eslovaco, además de las minoritarias sorbio, casubio y rusino) y se ha podido atestiguar un paso importante en su evolución, lo que se conoce como antiguo eslavo eclesiástico, que es la forma de la lengua escrita de los primeros manuscritos en eslavo. Ahora bien, esa lengua escrita no era necesariamente el reflejo escrito de un antiguo eslavo común hablado, desde luego, no en el momento en que se atestigua. Eso ha creado una serie de confusiones y conflictos académicos que se analizarán más adelante. Por ahora, baste con aclarar qué es un eslavo en el sentido lingüístico estricto (véase figura I.1).

Como se ha dicho en la introducción, lo que ha ocurrido a partir del romanticismo del siglo XIX es que se suponía que a cada hablante de una lengua le correspondía un alma o espíritu peculiar. Este supuesto romántico que tan instrumental ha sido siempre, y lo es todavía, en las corrientes nacionalistas, fue inaugurado en Alemania por Herder y abrazado de forma entusiasta por todos los movimientos nacionalistas de los siglos XIX y XX. Aunque es posible que dominar una lengua, o varias, dote al hablante de cualidades mentales que otros puedan no tener —hablar, por ejemplo, una lengua flexiva, con casos, como el latín o el ruso, puede dar agilidad mental, o dominar una lengua como el japonés o el chino, que se escriben con ideogramas, puede contribuir a la capacidad de abstracción y de memorización—,

no hay ninguna evidencia científica que sostenga que el dominio de una lengua en particular tenga ninguna incidencia sobre un comportamiento social o grupal específico. Si uno vivía en la antigua Hispania, hablar latín en vez de íbero no le cambiaba el alma; pero irse a estudiar a Roma, adoptar los usos de Roma y leer a los autores romanos podía llevar a alguien de provincias a convertirse en emperador romano, como le pasó a Trajano, hablara lo que hablara en la intimidad con su esposa Pompeya Plotina, quien, por cierto, era gala.

Es importante hacer la salvedad del hecho lingüístico porque es relevante saber hasta dónde se puede llegar en la investigación y en la necesaria diferenciación entre lo históricamente comprobable y lo especulativo en el estudio de las fuentes que existen a nuestra disposición, que, en principio, son cuatro: lingüísticas, historiográficas, arqueológicas y etnográficas.

2.2. *Evidencia lingüística*

Poder hallar relación entre las lenguas eslavas modernas permite, en primer lugar, diferenciar, como se decía antes, los países y las regiones actuales que no son eslavos en la Europa del Este. También permite trazar una primera cronología de los movimientos migratorios que hicieron los eslavos en época histórica. El primer dato que aporta la lingüística, una vez que se ha reconstruido el árbol, o la rama, relativa a los pueblos eslavos es saber cuándo vinieron a Europa y cuánto tiempo vivieron juntos. Se sabe que vinieron y que no son autóctonos de aquí porque lingüísticamente pertenecen a un árbol mayor, que es el de la familia indoeuropea de lenguas, que tiene sus orígenes probablemente en las mesetas asiáticas del Pamir y que llegaron en el Neolítico a la península del Indostán, al creciente fértil de Mesopotamia y, después, a Europa. Casi todos los pueblos de la actual Eurasia tienen un antepasado común remotísimo, del que van a heredar no solo una lengua, sino también una cultura y un pensamiento religioso. Esto hace a los indoeuropeos diferentes, quizá, de los hablantes de lenguas semíticas como el hebreo o el árabe, o de lenguas asiáticas. Pero no es que hablar una lengua tenga como consecuencia crear una cultura, sino que se supone que las personas que compartían una lengua también compartían una cultura material y espiritual que les unía como grupo. Una lengua común es una consecuencia

de una convivencia común en época de comunidad más o menos remota, y no su causa. Esta es la parte que los nacionalismos no entienden.

Por lo tanto, el hecho de que haya hablantes de lenguas modernas con palabras y estructuras similares tiene que suponer necesariamente que en un pasado remoto hubo un único pueblo, con una única lengua común que vivió en un área específica de Europa, y esos eran nuestros eslavos. Es de suponer que en un momento dado de la historia este pueblo homogéneo se fue expandiendo progresivamente hasta llegar a poblar las áreas de Europa donde hoy se habla alguna de las lenguas que descienden de esa lengua común.

Lo que la lingüística llamada histórica ayuda a saber es en qué dirección se produjeron esos movimientos de población y con qué otros grupos lingüísticos entró en contacto cada uno de los subgrupos. Y todo esto se hace comparando las lenguas unas con otras y averiguando en qué momento aproximado y en qué dirección se movieron los diferentes grupos desgajados de estos eslavos originarios.

El estudio lingüístico nos desvela que hubo tres grandes subgrupos: uno que se estableció en el sur, en los Balcanes, otro que viró hacia el sureste y otro que se quedó en el centro de Europa. Lo que no nos dice es desde dónde partieron y en qué momento preciso de la historia lo hicieron. Para eso, hay que recurrir a la ayuda de la arqueología y a las fuentes historiográficas exógenas, porque de lo que sí se tiene seguridad es de que los eslavos, en esa época de disgregación, no sabían escribir.

Y esta precisamente ha sido una de las cuestiones sobre la que se ha centrado el debate académico durante buena parte del siglo xx: ¿Dónde situar la patria originaria, la *Urheimat*, de los eslavos? Como si de un concurso de pedigrí se tratara, diferentes especialistas con intereses más o menos espurios han intentado reclamar para sus respectivos países la patria originaria de los eslavos. En la actualidad existe un consenso generalizado de que los eslavos, una vez llegaron desde Asia hacia Europa, como el resto de sus primos indoeuropeos, se establecieron en las llanuras en el curso alto del río Pripet, un tributario del Dniéper que se extiende por las actuales Ucrania y Bielorrusia hasta Polonia (Schenker, 1995; Garzaniti, 2013; Hupchick y Cox, 2001). En su camino desde Asia, probablemente dejaron a su izquierda a los sármatas, que estaban establecidos al sudeste, y, casi con toda seguridad, se encontraron, casi se chocaron, con los baltos, que quedaban al noroeste. Con estos últimos la relación fue tan larga y duradera que durante muchas

décadas se pensó que habían sido en origen un único pueblo desgajado en dos, dada la similitud lingüística que exhibían sus lenguas.

Por supuesto, hay otra manera de enfocar este problema, que no se basa tanto en la lingüística como en la arqueología. Este enfoque no busca una patria originaria delimitada a un espacio geográfico concreto, pues entiende que los eslavos no entraron en Europa a base de “invasiones” organizadas y lideradas unánimemente por cabecillas identificables, sino que lo que se produce es una migración progresiva y escalonada, a lo largo de años, incluso décadas. Así, los eslavos no habrían venido de forma conjunta y homogénea a una región de Europa provenientes de Asia, estableciéndose en una zona o región (*Urheimat*) desde la cual se habrían expandido por Europa central y oriental. Esta teoría no propone una patria originaria porque simplemente no parte del supuesto de que esta existiera jamás, y tiene la gran ventaja de reconciliar los testimonios arqueológicos y lingüísticos que serían explicables a partir de grupos distintos que avanzaban de una manera más escalonada y orgánica. También explicaría la confusión que existe a veces en algunas fuentes entre eslavos y otros pueblos venidos de Asia, como los ávaros, con los que hubieran podido decidir moverse hacia climas más cálidos. Esta teoría (Barford, 2001) ha sido llevada hasta el límite de negar la existencia de los eslavos mismos como pueblo (Curta, 2001, 2006 y 2008). Ambas teorías no son irreconciliables, y ambas teorías trabajan con la misma evidencia, que será analizada a continuación. Simplemente son teorías historiográficas distintas que buscan explicaciones diferentes a fenómenos históricos concretos.

La Europa que había quedado redibujada tras la caída definitiva del Imperio romano de Occidente fue el territorio al que los eslavos empezaron a llegar en torno al año 500 de nuestra era. Se supone que empujados, como el resto de los pueblos germánicos antes que ellos, por crisis de poder en las estepas orientales de Asia, o simplemente atraídos por una riqueza comercial inusitada, los eslavos parecen haber llegado a Europa por la parte norte de la frontera euroasiática. Una vez en Europa habrían encontrado su primer asentamiento en las llanuras del Pripiet, al este de la actual Polonia, quizá en el territorio que se extiende entre los ríos Vístula y Dniéper, en un territorio al resguardo de las fieras corrientes del Báltico, pero recorrido por ríos suficientemente navegables para acceder a la pesca necesaria. Hay especialistas, como Obolensky (1971), que consideran que este espacio es demasiado

reducido para explicar el ritmo y la velocidad de los asentamientos por el este de Europa y los Balcanes en época histórica, y, por lo tanto, amplían la patria originaria de los eslavos, su *Urheimat*, a un territorio que, situado más o menos en la misma zona de Europa, sería más extenso, y cubriría la mayor parte de la meseta de la Europa oriental, desde el bajo Vístula hasta el alto Niemen por el norte, hasta el Arco Carpático por el sur, y desde el curso medio del río Dniéper al este hasta el río Oder, o quizá el Elba, en el oeste. Sea un área más o menos amplia en extensión, la localización en esta parte de la Europa nororiental ofrece a día de hoy pocas dudas.

La pregunta que normalmente surge es cómo se puede llegar a esa conclusión con relativa certeza. En primer lugar, para este tipo de hipótesis se suele echar mano, como se ha dicho, de la lingüística histórica, que nos ayuda a saber los términos que eran comunes a todos los eslavos cuando todavía eran un único pueblo. En este caso, los nombres de ciertos tipos de plantas que existen en todas las lenguas actuales con mínimas variaciones permiten saber que esa planta formaba parte del ecosistema natural de los eslavos. Si se comparan estos términos con la botánica de un lugar concreto, que también puede haber variado, y eso hay que tenerlo en cuenta, nos puede dar una idea aproximada de qué era corriente en el mundo en el que los eslavos se movían. Sucede igual en el caso de animales o accidentes geográficos. Y, como se verá, lo mismo ocurre para intentar conocer formas de socialización (familia, clan, tribu) o prácticas religiosas. Como regla general, lo que está en las doce lenguas eslavas modernas se supone que formó parte de su época de comunidad, y esta forma de “arqueología” lingüística es muy valiosa.

Por otro lado, las lenguas se han ido separando, diferenciando, aunque guarden un alto grado de similitud aún a día de hoy, y la comparación de esos cambios nos ayuda también a situar un lugar de asentamiento primitivo. Aunque este método sea menos intuitivo que el primero, la lingüística histórica tiene sus reglas de evolución lingüística, que se conocen bien; y si se aíslan las innovaciones por contacto con otras lenguas, se pueden establecer con bastante precisión la dirección de las sucesivas migraciones de los eslavos desde su territorio original hasta las zonas en las que empezaron a desarrollarse por separado (Feuillet, 2018).

Un enfoque puramente lingüístico también plantea otros problemas de datación. Básicamente, el dilema es que si se supone que los eslavos que

llegaron en torno al siglo VI hablaban una lengua común, y, si bien es cierto que el grado de diferenciación lingüística entre lenguas eslavas actuales es mínimo en comparación con otras familias indoeuropeas, como las lenguas romances o las germánicas, algunos especialistas apuntan la imposibilidad de que la diferenciación se haya llevado a cabo en tan poco tiempo. Aducen que los eslavos tenían que haber dejado su zona de comunidad mucho antes de lo que se piensa para llegar a conseguir, al poco de despuntar el segundo milenio, el grado de diferenciación en tres grandes grupos dialectales (meridional, oriental y septentrional o central) que caracteriza a las familias lingüísticas actuales. Este argumento, que es interesante, también es susceptible de ser matizado (Barford, 2001; Feuillet, 2018).

Uno de los factores que más acelera el cambio y la innovación lingüísticos es la fijación por escrito de las formas. La fijación por escrito de una lengua es directamente proporcional a su velocidad de innovación. Esto quiere decir que las culturas orales suelen ser más conservadoras, porque un cambio rápido puede hacer peligrar la comunicación, mientras que las lenguas que tienen forma escrita suelen dar rienda suelta a los cambios (creando una diglosia entre lengua hablada y lengua escrita en la mayoría de los casos), toda vez que la comunicación entre los miembros de la sociedad que sepan leer ya no está en peligro. Una lengua cualquiera que tenga una forma escrita es mucho más permeable al cambio y a la variación, que también dependerá de la fuerza del sustrato lingüístico con el que entre en contacto. En el caso de los eslavos, que no tuvieron forma escrita de su lengua hasta la cristianización en el siglo X, y cuya mezcla con otros pueblos del entorno no fue excesiva a juzgar por los restos arqueológicos, es razonable suponer que mantuvieron una cohesión lingüística durante varios siglos, al menos entre tres o cuatro, desde que llegan a Europa hasta que su lengua común comienza el progresivo proceso de dialectalización. Este proceso se acelerará una vez que el alfabeto glagolítico, y después el cirílico, fijen la lengua de los eslavos. En este caso, la inteligibilidad que pareció facilitar la misión evangelizadora de Cirilo y Metodio en los primeros años, y de la escuela de Metodio después, empieza a resentirse a medida que pasan los años, tal y como se refleja en la adopción de rasgos dialectales orientales o meridionales (las lenguas eslavas centrales van a tener una lengua litúrgica distinta) en los manuscritos a partir del siglo XIII (Schenker, 1995).

2.3. *Fuentes historiográficas no eslavas*

Los resultados de los estudios lingüísticos históricos, junto con la toponimia y los resultados de excavaciones arqueológicas, suelen ser los más fiables, porque son en el fondo los menos manipulables, aunque, como se verá, los intentos de hacerlo no han cesado. A pesar de que a día de hoy el consenso académico sitúe la tierra original de los eslavos en el territorio antes mencionado, dicho consenso no ha sido siempre unánime ni falto de polémica.

Para empezar, y en un intento por igualarse en pedigrí a otros pueblos europeos, en particular a los germánicos, se quiso insistentemente identificar a los eslavos con algunos pueblos que aparecían en obras historiográficas clásicas, llegando hasta Herodoto, para intentar reclamar una agenda política que tenía más que ver con su independencia del Imperio austro-húngaro y el final de la Primera Guerra Mundial que con algo que tuviera visos de rigor científico. Así, y confiando en que tanto Herodoto como otras fuentes tuvieran información de primera mano de lo que escribían, se intentó hacer creer que aquellos pueblos que no habían sido identificados con pueblos modernos en el siglo XIX y que eran mencionados como habitantes de zonas que hoy están ocupadas por descendientes de los eslavos tenían que ser los eslavos primitivos. Y, en un argumento circular, se creía que esas zonas donde se suponía que habitaban esos pueblos, que al parecer eran eslavos, tendrían que ser, necesariamente, las zonas de asentamiento original de los eslavos. Así, se pensó que los eslavos eran los mismos que los lusacianos, que los antes, que los venedi o veneti. Sin embargo, todas estas identificaciones, movidas por un intenso sentimiento de agravio nacionalista, no pueden ir más allá de la especulación. Lo cual no quiere decir que sean necesariamente falsas, sino que no se dispone de los suficientes datos objetivos para saberlo.

Sin embargo, si se rebaja un poco el nivel de expectativas en busca de fuentes clásicas y se rastrea en las fuentes coetáneas, existe un buen puñado de testimonios que da noticia de los eslavos en época histórica. Se pueden agrupar en testimonios procedentes del Imperio romano y bizantino (Jordanes, Procopio de Cesarea, Pseudo-Mauricio y Constantino Porfirogéneta), testimonios en fuentes francas y carolingias (Fredegario, Thietmar de Merseburgo, Anales Francos), testimonios de clérigos alemanes en época de cristianización de los eslavos occidentales (Adam de Bremen, Helmold de

Bosau, Saxo Grammaticus) y testimonios de viajeros árabes (Ibn Khordadbeh, Ibn Fadlan, Ibn Yakub, e Ibn Rusta), además de algunas sagas escandinavas y de las primeras crónicas escritas por los propios eslavos una vez que adoptaron la escritura (Crónica de los Tiempos Pasados de la Rus' de Kiev, *Chronica Bohemorum* de Cosmas o la Crónica de los Polacos de Gallus). Todas ellas se analizarán en el apartado siguiente.

2.3.1. Fuentes romanas y bizantinas

En primer lugar, existen referencias de pasada en la obra del historiador tardorromano Jordanes *Getica* (*De origine actibusque Getarum*) (véase texto 1), así como en Procopio de Cesarea, tanto en su *Historia de las Guerras* como en su *Historia Secreta*, entre otros.

Jordanes escribió sus *Getica*, la única obra historiográfica de la Antigüedad que ha sobrevivido y que pretende hacer una descripción pormenorizada de los godos, alrededor del año 551, probablemente en Constantinopla. Él, que era de origen godo, pero que ascendió en la burocracia romana y llegó a obispo, confiesa en su obra que esta es el resultado de haber resumido en tres días (!) la *Historia* del estadista Casiodoro (c. 485-c. 585), que no ha llegado hasta nosotros. En su libro V, en el que da información sobre los vecinos de los escitas, Jordanes dice que los antiguos veneti son ahora los eslavos y los antas, cuya morada se extiende desde la ciudad de Novietunense y el lago que llaman Mursiano hasta el Dniéster, y hacia el norte hasta el Vístula. Dichos pueblos tienen los bosques y los pantanos por ciudades. Ni la ciudad ni el lago mencionados han podido ser identificados con claridad, aunque es posible que la ciudad sea Noviodunum (actual Isaccea, en Rumanía), y el lago se refiera a la intersección de los ríos Danubio y Drava en la actual ciudad de Osijek en Croacia, que en la Antigüedad se llamaba Mursa, o simplemente al delta de Danubio. Los montes mencionados no serían los Alpes, sino los Cárpatos, y la corona de la que habla Jordanes, su famoso Arco Carpático. Más adelante, en el libro XXIII, en el contexto de la narración del ascenso al poder del amalo Hermanarico, Jordanes explica cómo este consiguió controlar, entre otros pueblos, a los eslavos. El testimonio de Jordanes, que, como se ha dicho, copia la evidencia aportada por Casiodoro en su desaparecida *Historia Gótica*, no

nos dice el lugar desde el que partieron los eslavos en su paso por Europa, sino más bien el lugar en el que se los encuentran los bizantinos a mediados del siglo VI (fecha de composición de la obra de Jordanes y alrededor de 20 años después de que Casiodoro compusiera su *Historia* original) y quizá dónde estaban un siglo antes, a mediados del V, cuando Hermanarico intentó alzarse con el poder godo, lucha que acabaría perdiendo en favor de Teodorico. Es interesante que Jordanes considere que el mismo pueblo que un siglo antes era manso e incluso cobarde, aunque numeroso, se haya transformado en ese espacio de tiempo en otro que “desencadena su furor por doquier”, lo cual sufren, se supone, los bizantinos, por sus pecados. Los eslavos, por tanto, ya han comenzado a hacerse notar en los Balcanes, en los límites del Imperio bizantino que sobrevive tras la caída de la ciudad de Roma.

El testimonio que aporta Procopio de Cesarea (c. 500-c. 554) en su *Historia de las Guerras* es muy similar, aunque de distinto signo. Una vez más, se tienen noticias de los eslavos por sus tratos con los bizantinos en esta obra que narra los últimos estertores del Imperio romano de Occidente y la reconquista por parte de Justiniano y Belisario de la península itálica, en una guerra que se prolongó 18 años. Los eslavos solo aparecen en la segunda tetralogía, llamada también guerra gótica, en la que parecen colaborar con los romanos de Oriente o atacarlos alternativamente. Procopio también ofrece noticias sobre los eslavos en sus obras *Historia Secreta* y *Sobre los Edificios*. Es precisamente este autor quien ha dejado uno de los testimonios que más ha alimentado el debate sobre cuál era la estructura social de los eslavos en la época de comunidad. En el libro VII de su *Historia de las Guerras* cuenta cómo estas naciones (refiriéndose a los antes y a los eslavos) “no son gobernadas por un solo hombre, sino que han vivido desde tiempo inmemorial bajo una democracia, y consecuentemente todo lo que tiene que ver con su situación, sea para bien o para mal, se refiere directamente al pueblo”. Además de esta descripción sobre una sociedad de toma de decisión colegiada, este pasaje, referido a menudo en el mundo académico como el “excursus etnográfico”, ha suscitado enormes controversias y ha sido utilizado, como se puede suponer, para validar una supuesta sociedad igualitaria tradicional. En el mismo pasaje, reproducido íntegramente en los anejos del presente volumen (véase texto 2), se habla también de sus creencias religiosas y de sus prácticas comunes.

Ligeramente posterior a Procopio, Juan de Éfeso (c. 507-c. 588), historiador y líder del movimiento monofisita de la Iglesia ortodoxa siria, describe en su *Historia eclesiástica*, en el año 581, la invasión de la península balcánica por parte de los eslavos y su posterior asentamiento en esa zona (Tracia, Macedonia, Grecia), así como la ulterior asimilación cultural y política con los bizantinos, con quienes pronto firmaron la paz.

Las relaciones de los eslavos con el Imperio bizantino dejarán a partir de ese momento de ser unívocas, y parece que unos y otros se acostumbrarán progresivamente a una convivencia de vecinos forzados. Los estudios cada vez más detallados de las características sociales de los eslavos comienzan en el manual de guerra atribuido tradicionalmente al emperador Mauricio (539, r. 582-602), el *Strategikon*, cuya autoría por el propio emperador se considera ahora dudosa, por lo que también es conocido como de pseudo-Mauricio. Este manual, cuya influencia se alargó durante más de un milenio en otros manuales de estrategia europeos y de Oriente Medio, describe, en la mejor tradición clásica, las características de los pueblos con los que el Imperio entra en contacto. A los eslavos los describe como hospitalarios, amantes de la libertad, poco dados a guardar muchos tesoros materiales y buenos conocedores de los bosques y en especial de los ríos; pero también como desordenados, en extremo violentos en sus súbitos ataques y faltos de palabra a la hora de llegar a acuerdos duraderos, ya sea entre ellos o con otros pueblos.

Una descripción igualmente pormenorizada la ofrece Teofilacto Simocates, historiador bizantino de principios del siglo VII y secretario imperial de Heraclio (575, r. 610-641), quien, además de escribir con precisión sobre la China contemporánea, dejó un muy valioso testimonio sobre los eslavos, para lo cual es probable que se valiera del *Strategikon* del pseudo-Mauricio. En el epígrafe correspondiente al año 595, narra un curioso incidente: cómo tres músicos eslavos, probablemente de la zona de Pomerania, rehusaron ayudar a los ávaros en su lucha frente a los bizantinos y consiguieron huir a Tracia. Simocates atribuye su utilización de liras (probablemente salterios) frente al más común uso de trompetas al hecho de que su pueblo no conocía el hierro.

Las fuentes bizantinas guardan silencio respecto a los eslavos prácticamente desde este momento hasta el testimonio del muy famoso *De Administrando Imperio*, del emperador Constantino VII Porfirogénito (905,

r. 944-959), el tratado en el que explica a sus sucesores cómo llevar a cabo una correcta administración del Imperio. El emperador pretende hacer una descripción pormenorizada de los pueblos con los que el Imperio tiene relaciones. Su obra no es una crónica, sino más bien un manual de uso del poder y una guía de los pueblos con los que ha de tratar. En ese sentido, su valor reside sobre todo en su mayor objetividad, comparativamente hablando y en la curiosidad antropológica que, sin duda, le movió a encargarse de su escritura. Una de las más importantes lecciones que se puede sacar de la lectura de *De Administrando Imperio* es la variedad de eslavos que aparecen en la obra, es decir, los eslavos a estas alturas ya han abandonado la época de comunidad y están formando los estados precursores de los estados modernos y actuales. Por ejemplo, Constantino, a la hora de describir el reinado de Heraclio y la presión que los ávaros y eslavos estaban ejerciendo sobre Iliria, menciona a dos tribus paganas a las que Bizancio pide ayuda: croatas y serbios. De los croatas, término por otro lado de posible origen iranio, aunque extendido entre los eslavos, dice que habitaban al norte de los Cárpatos, en la región de Dalmacia, pero que, tras expulsar por orden del emperador, de quien eran súbditos, a los ávaros del norte de Iliria, se quedaron a vivir allí. Respecto a los serbios, término de origen confuso pero quizá emparentado con el gentilicio *sorbio*, los eslavos que habitan en Alemania oriental, Constantino afirma que procedían de un lugar al norte de Panonia, que ellos llamaban en su lengua Boiki (quizá Bohemia, nombre que, a su vez, deriva de la tribu celta de los Boii), y que se asentaron inicialmente en la provincia de Tesalónica cuando pidieron amparo al emperador Heraclio, y, más tarde, en territorios cercanos a Belgrado.

Constantino también dejará para la posteridad testimonio de los tratos de Bizancio con los rus' de Kiev, estado emergente que, como en el caso de Bulgaria, estaba formado por una mayoría de población eslava, pero que comienza liderado por una élite militar no eslava, en este caso vikinga, que organiza el Estado que surge alrededor de la potencia comercial escandinava.

Los testimonios que ofrece Constantino Porfirogénito sobre búlgaros, croatas, serbios y rus', naciones todas ellas de mayoría poblacional eslava, aunque las élites que los unificaron fueran eslavas o no, ofrece una idea de aquellos eslavos con los que el Imperio bizantino tuvo contacto, los eslavos meridionales y orientales. Sobre los eslavos asentados hacia el oeste o el norte, las fuentes historiográficas que se pueden utilizar son las latinas.

2.3.2. Fuentes francas y carolingias

Los primeros testimonios sobre los eslavos occidentales nos los brinda la *Crónica anónima merovingia*, atribuida a Fredegario. La crónica, en su forma original, narra la historia de los francos desde el año 584 hasta el 642 y se compuso a mediados del siglo VII en Borgoña. Existe una continuación de esta crónica que recoge los hechos hasta el 768, año del fallecimiento de Pipino el Breve, padre de Carlomagno. La evidencia más importante de esta crónica es que relata el establecimiento del primer estado eslavo, si es que se puede denominar así, dada su efímera existencia y su particular organización, el denominado Estado de Samo (véase capítulo 3). El testimonio de Fredegario tiene el problema adicional de identificar a los eslavos con los wendos (el mismo término que había utilizado Jordanes, los veneti, décadas antes). Como se apuntó entonces, la identificación de estos dos nombres de etnia como representativos de un solo pueblo, que ahora se denominarían eslavos, no es tan fácil.

Un poco más al sur, otra fuente nos ofrece información de los eslavos occidentales asentados en la región alpina, entre el Danubio y el Adriático, es decir, la Marca Oriental (actual Austria), Carantania (Carintia y Estiria) y la Marca Friuliana (Istria y el Véneto oriental). Se trata de Pablo el Diácono (c. 720-c. 790), famoso historiador lombardo y probablemente unos de los hombres más cultos de su tiempo. En su *Historia Langobardorum* narra la historia de los lombardos desde sus orígenes legendarios en Escandinavia hasta su llegada a Italia. Su encuentro con los eslavos se produce en el año 642, cuando estos atacan Benevento, un ducado lombardo de la Italia meridional. Varios hechos de esta fuente historiográfica son particularmente interesantes por atestiguar el grado de integración que la población eslava habría adquirido entre la aristocracia lombarda en el siglo VII.

El testimonio del obispo germano Thietmar de Merseburgo (975-1018), quien fue príncipe antes que obispo, es especialmente relevante al hablar de la cristianización de los eslavos occidentales, gracias a las descripciones pormenorizadas que hace de la religión eslava precristiana. Sin embargo, el testimonio de Thietmar respecto a los eslavos hay que tomarlo con cierto cuidado. Por un lado, no es descartable que, por su formación y su profesión, fuera más que parcial en sus descripciones, que se centran sobre todo en las prácticas religiosas paganas. Eso es comprensible

viniendo de un obispo que está inmerso en la campaña de cristianización y proselitismo que emprende en territorios por ellos habitados. Tampoco es descartable, además, que Thietmar albergara contra los eslavos cierta animosidad personal: al fin y al cabo, dos de sus bisabuelos habían muerto luchando contra ellos en la batalla de Lenzen (región de Brandenburgo) en el año 929.

Por otro lado, Thietmar vive en un periodo muy interesante en el desarrollo de los primeros estados eslavos. En este momento, el proceso de atomización en distintas tribus y protonaciones era tan prolífico que se podrían contar casi 40 etnónimos solo entre los eslavos occidentales (unos 15 entre los eslavos orientales y unos 25 entre los meridionales). Esta atomización de los eslavos, si es que todos estos etnónimos corresponden realmente a grupos diferenciados entre ellos, y suponiendo que todos esos nombres se refieran a grupos de lengua eslava, era un proceso que ya había comenzado en el siglo VII y que sufrirá el lógico desarrollo de reformación y agrupación en modernos protoestados. También ha producido a veces más preguntas que respuestas, pues en muchos casos no se puede atestiguar cuándo aparecen o desaparecen de un territorio –solamente se conocen por fuentes historiográficas–, si son los mismos grupos pero con diferentes denominaciones en diferentes momentos históricos, o si, en verdad, eran eslavos mayoritariamente en su composición o no.

Los *Anales reales francos* (*Annales regni Francorum*), obra estrechamente relacionada con la crónica de Fredegario, narran, año a año, los hechos del Imperio carolingio desde el año 741 al 829, es decir, los reinados de Pipino el Breve, Carlomagno y Luis el Piadoso, centrándose sobre todo en las victorias de Carlomagno (la derrota en Roncesvalles, por ejemplo, no está recogida en sus primeras redacciones). Son interesantes para poder conocer las luchas de Carlomagno con numerosas poblaciones del centro de Europa a partir, sobre todo, del año 780, en el que comienzan los contactos con tribus eslavas, a veces como enemigos y a veces como aliados, como ya había ocurrido en la frontera del Imperio bizantino. En el año 789, por ejemplo, se narra cómo Carlomagno, al frente de un contingente franco-sajón que incluía igualmente frisios, obodritas y sorbios (que son eslavos), consiguió vencer cerca de la costa del mar Báltico a los Wiltzi, que en su lengua se llaman veletianos, y que eran una confederación de tribus eslavas bajo el mando de Dragovit.

2.3.3. Testimonios del clero alemán

En la lucha por ampliar la zona de influencia religiosa del Sacro Imperio romano, las misiones de los clérigos alemanes no se hicieron esperar. Sus testimonios, como es lógico, tienen un interés mayor en las cuestiones religiosas y han sido tradicionalmente usados para intentar una reconstrucción de un paganismo eslavo que no llega a ser muy iluminadora. Sin embargo, los datos etnográficos que ofrecen no son del todo desdeñables, aunque a veces sean inexactos. Adam de Bremen (m. 1076), por ejemplo, describió sobre todo las costumbres de los eslavos noroccidentales, y, aunque rebautiza a Polabia con el nombre de “Scлавinia”, de la que dice que es diez veces mayor “que nuestra Sajonia”, es interesante su mención de que dicha Scлавinia incluye a Bohemia y a la Polonia más allá del río Oder, “ya que no se diferencian ni en costumbres ni en lengua”. Este autor escribía su historia del arzobispado de Hamburgo (*Gesta Hammaburgensis ecclesie pontificum*) alrededor del año 1071.

Helmold de Bosau, un sacerdote de esta pequeña ciudad entre Kiel y Lübeck, escribió su *Chronica Slavorum* entre los años 1167 y 1172. La crónica narra los hechos de la región del río Elba entre los años 800 y 1170. Como miembro del clero, al igual que Thietmar de Merseburgo o Adam de Bremen, se centra en los datos que para él tenían interés, es decir, las creencias paganas de este pueblo que quiere cristianizar. Él será una de los testigos claves que deja constancia de la escasa homogeneización o articulación formal de las creencias precristianas entre los eslavos.

Por último, Saxo Grammaticus (m. 1208), famoso por sus *Gesta Danorum*, y probablemente por haber brindado inspiración a Shakespeare para su *Hamlet*, es la única fuente que describe una especie de templo religioso de los eslavos cuando es destruido por el rey danés Waldemar en 1168 en sus ataques a los eslavos occidentales (*Gesta Danorum* XIV.39).

2.3.4. Relatos de viajeros árabes

Algunas de las fuentes más interesantes proceden de los viajeros árabes y judíos que llegaron a entrar en contacto con algunos de los pueblos eslavos en sus largos periplos. Las fuentes árabes tienen la gran ventaja de que son sin duda las más objetivas en el tratamiento de los eslavos, al no tener intereses